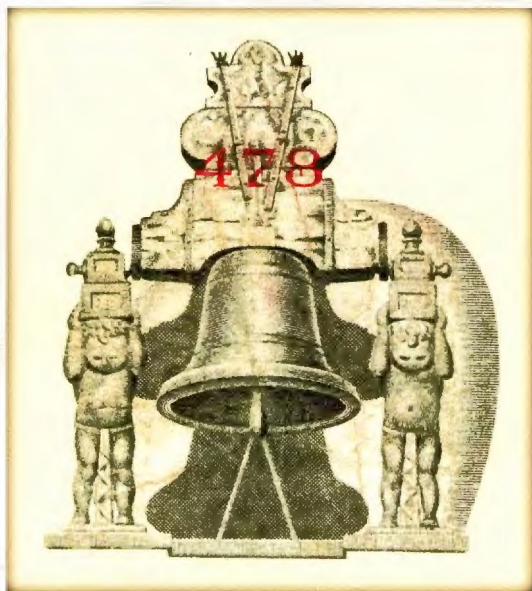


FRANCISCO SOSA



Don Miguel Hidalgo y Costilla

CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LOS 250
AÑOS DEL NATALICIO DE DON MIGUEL HIDALGO
Y COSTILLA, PADRE DE LA PATRIA, SE PUBLICA
ESTA EDICIÓN Y SU DISTRIBUCIÓN SERÁ GRATUITA,
SIENDO SU FINALIDAD LA DIFUSIÓN

2003 AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA. PADRE DE LA PATRIA
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO

Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO

Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS

JURIDICOS

Lic. Rosa María Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL

Mtro. Isauro Rionda Arreguín

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Francisco Sosa

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Captura y revisión de textos:

Cristina Valtierra Rivera

Apoyo en cuidado de edición

Jaime Carrillo Carrillo

Con motivo de la celebración de los 250 años del natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, se publica esta edición y su distribución será **gratuita**, siendo su finalidad la difusión.

Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2003.

Alhóndiga e Insurgencia N° 1

Centro, 36000

Guanajuato, Gto.

☎ 473 732 02 28 / 732 10 52

El autor de nuestro ser social, el Padre de la Independencia Mexicana, merece un estudio profundo y extenso; pero la índole de la presente obra nos obliga a condensar hasta donde es posible su biografía.

Don Miguel Hidalgo y Costilla nació en la hacienda de Corralejo, de la jurisdicción de Pénjamo en el Estado de Guanajuato, el 8 de mayo de 1753, siendo sus padres don Cristóbal Hidalgo y Costilla y doña Ana María Gallaga, y ya joven hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), y con el tiempo fue rector del mismo colegio; siendo a principio del año de 1770 cuando vino a México para recibir las órdenes sagradas y el grado de Bachiller en Teo-

logía. Después de servir otros curatos, vino al de Dolores que le producía una buena renta anual. El estudio del idioma francés era muy raro en aquellos tiempos, y él por este medio pudo leer algunas obras científicas que le alentaron y pusieron en estado para hacer progresar varios ramos agrícolas e industriales. Engrandeció el cultivo de las viñas, propagando el plantío de las moreras para la cría del gusano de seda, y fomentó la de abejas. Estableció también una fábrica de loza, hornos para ladrillos, mandó construir pilas para curtir pieles, y fundó talleres de diversas artes.

En Valladolid se pensó seriamente por algunas personas en trabajar secretamente para una revolución que tuviese por objeto destruir el poder establecido, y convocar un Congreso que gobernase en nombre de Fernando VII. Esta revolución debía estallar el 21 de diciembre de 1809, pero fue descubierta, y se procedió contra las personas complicadas en ella; más como no había pruebas que atestiguaran su culpabilidad, fueron puestas en libertad. La conspiración allí sofocada, fue a refugiarse a

Querétaro, donde la acogió favorablemente el corregidor Domínguez, y su casa era el lugar en donde se reunían los conspiradores. A Hidalgo y Allende agradó el pensamiento, y trabajaron asiduamente por ella. Fue descubierta como la primera, se dice que por un eclesiástico, y las autoridades iban a proceder contra los revoltosos; pero la señora Josefa Ortíz, acérrima entusiasta por la causa de la Independencia, mandó un oportuno aviso a Allende para que se salvara, y recibido por Aldama, capitán del mismo cuerpo, se dirigió violentamente la noche del 15 de septiembre de 1810 a Dolores, donde estaba aquél con el Cura Hidalgo, tratando de sus planes. Con aquella noticia, Allende, Aldama y Abasolo opinaron por esconderse y huir de las autoridades; pero Hidalgo, con la inspiración del genio y la firmeza del patriota, les dijo que era el momento de obrar, y convenció a sus compañeros, a pesar de que él podía muy bien defenderse de la nota de conspiración por su carácter, sus relaciones, y por falta de pruebas. Hidalgo entonces mandó llamar a su hermano don Mariano y a don José Santos

Villa, y con ellos y Allende, Aldama, Abasolo y diez hombres armados, se dirigió a la cárcel, y con una pistola en mano obligó al alcaide a que pusiese en libertad a los presos; obtenido esto reunió unos ochenta hombres, y como ya amanecía, y era el domingo 16 de septiembre de 1810, mandó llamar a misa, a la que concurriendo los rancheros de las cercanías, aumentó sus fuerzas hasta trescientos hombres: con ellos prendieron al subdelegado Rincón y a todos los españoles que había en la población, y entonces se dio el célebre Grito de Dolores, que había con el tiempo de derrocar el poder español, y se inició con tan escasos recursos la lucha de diez años en que se vertió tanta sangre.

En seguida con esa fuerza se dirigió a San Miguel el Grande, y allí se le unió el Regimiento de la Reina y mucha gente de campo, principalmente indios con palos, hondas e instrumentos de labranza, y se cometieron varios desórdenes en la población. Siguió adelante aquella muchedumbre, que se aumentaba por grados, y al pasar por el Santuario de Atotonilco vio Hidalgo una imagen de Nuestra Señora de Gua-

dalupe, y fijándola en una lanza la apellidó bandera de su ejército, y éste se proveyó de estampas de la misma, que colocaban en sus sombreros, y así, por medio de su ministerio y las armas que le daba, y fomentando el odio a los españoles, se atrajo con una violencia extraordinaria aquellas masas que sentían el instinto de la libertad y querían lanzar a los dominadores. El 21 llegaron a Celaya, y allí, el 22 del mismo mes, con presencia del ayuntamiento, fue nombrado el Cura Hidalgo *General*, Allende *Teniente General*, y se hicieron coroneles, y otros muchos nombramientos. Ese ejército, si así puede llamarse a aquella chusma, ascendía ya a cincuenta mil hombres, y el 28 entró a Guanajuato. El Intendente Riaño se hizo fuerte en la Alhóndiga de Granaditas, y allí se defendió, hasta que, asaltado, fue muerto y pasados a cuchillo sus defensores. Allí Hidalgo organizó el ayuntamiento, nombró empleados y estableció una fundición de cañones. El gobierno entretanto, trabajaba con actividad para hacer frente a sus enemigos, y al mismo tiempo que reclutaba

soldados, ponía en juego las mismas armas de la Iglesia para contrarrestar las de Hidalgo, y el obispo expidió un edicto en 24 de diciembre, declarando a este último y a sus principales campeones excomulgados por herejes, perjuros y sacrílegos. La Inquisición fulminó un edicto contra los mismos, y a Hidalgo le hacía infinitos cargos, entre otros el de negar que Dios castiga con penas temporales; de la autenticidad de los Libros Sagrados en que consta esta verdad; de haber hablado con desprecio de los papas y del gobierno de la Iglesia, como manejado por hombres ignorantes, de los cuales uno, que acaso estaría en los infiernos, estaba canonizado; de asegurar que ningún judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta de la venida del mesías; de negar la perpetua virginidad de la Virgen María; de adoptar la doctrina de Lutero en orden a la divina eucaristía; de asegurar que no hay infierno, y otros; algunos que no se pueden leer ni trasladar porque ofenderían el pudor: todo lleno de contradicciones, respirando odio, venganza, y amenazando con penas muy graves al que quitara,

rasgara o cancelara el edicto. Hidalgo contestó manifestando a sus compatriotas que jamás se había apartado un ápice de las creencias de la Santa Iglesia Católica, y dice además: “Se me acusa de que niego la existencia del infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algún pontífice de los canonizados por santo está en este lugar. ¿Cómo, pues, concordar que un pontífice está en el infierno negando la existencia de éste? Se me imputa también haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero: si Lutero deduce sus errores de los Libros que cree inspirados por Dios, ¿cómo el que niega esta inspiración sostendrá los suyos, deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Todos mis delitos traen su origen del deseo de nuestra felicidad”.

Parece que Hidalgo tenía escrito un plan que se ha extraviado; pero aunque no lo tengamos, por sus proclamas se ve que deseaba un Congreso que se compusiese de representantes de todas las ciudades, villas y lugares del país, que tuviera por objeto prin-

cipal mantener la religión católica, dictar leyes suaves, benéficas, y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo, para moderar la extracción del dinero, fomentar las artes y avivar la industria. Todo esto rechaza la inculpación de la Historia de Alamán, respecto a que dice de Hidalgo que ni él mismo sabía cuáles eran sus miras; por esta razón y otras muchas se ve claramente que su deseo era hacer la Independencia y establecer un gobierno popular. También se le echa en cara el permitir toda clase de excesos; pero hay documentos en que amenazaba con castigos a los que se apropiasen las cabalgaduras o forrajes; y si esto era en esas cosas más secundarias, ¿cómo le había de gustar permitir el robo? Y si éste lo cometían, con otros excesos, sus secuaces, era en los momentos de efervescencia y cuando él no podía reprimirlos.

En 10 de octubre de 1810 salió de Guanajuato para Valladolid, y después de siete días de camino entró en aquella ciudad, e hizo que el canónigo Conde de Sierra Gorda, que había quedado por gobernador de la Mitra, levantara la excomuni6n fulminada

contra él, lo que efectuó, circulándose la declaración por cordillera a todos los curas. Cuando pasó por Acámbaro fue promovido a generalísimo con el tratamiento de Alteza Serenísima y con poder para legislar. El uniforme por este grado era vestido azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un tahalí negro, también bordado, y todos los cabos dorados, con una imagen grande de nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho. Tomó para los gastos cuatrocientos mil pesos del cofre de la catedral; fue nombrado para intendente don José María Anzorena, y el 19 salió Hidalgo con dirección a México.

Siguió el generalísimo la marcha para Maravatío, Ixtlahuaca, Toluca y Monte de las Cruces, donde le aguardaba don Torcuato Trujillo para detener su marcha, y en el encuentro reñido que siguió, éste fue batido y el camino quedó expedito hasta México; pero Hidalgo no se atrevió a atacar la capital como quería Allende, y contramarchó rumbo a Querétaro, y sin buscarse, encontrándose sus fuerzas que ascen-

dían a cuarenta mil hombres y doce piezas, con las de Calleja y Flon, que triunfaron casi sin combatir. Hidalgo se fue a Valladolid y Allende a Guanajuato, para levantar fuerzas y proporcionarse artillería. Sabedor Hidalgo de que Guadalajara había caído en poder de sus partidarios, se dirigió a ella el 17 de noviembre con siete mil hombres de caballería y doscientos cuarenta infantes, todos mal armados, llegando a la ciudad mencionada el 26. Pronto se le fue a reunir Allende, perseguido de cerca por los vencedores de Aculco. Se estableció en aquella ciudad un Gobierno, siendo Hidalgo la cabeza, con dos ministros, uno de Gracia y Justicia y otro denominado "Secretario de Estado y del Despacho". Entonces se presentaba con aparato, tenía guardia de honor y el tratamiento de Alteza Serenísima. Nombró como comisionado de su Gobierno cerca del de los Estados Unidos, para formar alianza con aquella república, a don Pascasio Ortíz de Letona.

Pero Calleja avanzaba sobre aquella población, y los independientes pensaron en defenderse, haciendo traer de San Blas los cañones; se construyó

parque y se compusieron algunas armas. En esta población se repitieron las escenas de Valladolid, y muchos españoles inocentes fueron mandados degollar fríamente. Hidalgo, por dar gusto a su gente, ansiosa de venganza, manchó su reputación consintiendo estos crímenes, que reprobaba Allende. Pero el enemigo se acercaba, y éste último jefe quería que se dejase en la ciudad el grueso del ejército, y que con las fuerzas disciplinadas se aguardase a los españoles, para que en caso de derrota, tuviesen una retirada y punto de defensa en Guadalajara; Hidalgo no opinó así, y los demás apoyaron a este último. Entonces Abasolo y Allende eligieron el puente de Calderón como mejor posición para hacer frente al enemigo, y el 17 de enero de 1811 se dio la batalla, en la que contaban los insurgentes con cien mil hombres, de éstos veinte mil jinetes, y noventa y cinco cañones, pero pocos bien armados. Los enemigos serían unos cinco mil hombres de tropas regladas. Tres veces la fortuna se inclinó a los independientes, pero al fin los abandonó, y lo perdieron todo enteramente, banderas, cañones y

armas, y se desbandaron completamente.

Hidalgo huyó para Aguascalientes, en donde se reunió a la división de Iriarte y tomó el rumbo de Zacatecas, y en la hacienda del Pabellón le alcanzó Allende; y el 25 de enero, en compañía de Arias y de otros jefes, le depusieron de Generalísimo y del mando político y militar. Se dirigieron entonces rumbo a los Estados Unidos, pero fueron sorprendidos y hechos prisioneros el 21 de marzo, en Acatita de Baján, y conducidos a Chihuahua.

Hidalgo fue sentenciado a muerte. Después de degradarle, fue fusilado el 1° de agosto de 1811, y su cabeza cortada para ser expuesta en una jaula de hierro en la Alhóndiga de Granaditas.

Hidalgo, como dice acertadamente un ilustrado biógrafo, fue el precursor y creador de los demás héroes de la Independencia; a él le debemos a Morelos, que es el genio militar que México ha producido; a Guerrero, que continuó constante la revolución, y hasta al mismo Iturbide que tuvo la fortuna de consumarla. A este último pretenden atribuir exclusivamente la gloria de haber libertado a

la Patria. No somos del número de los que así opinan, pues para ello necesitaríamos cubrir con espeso velo, borrar las páginas sangrientas en que la Historia nos enseña a Iturbide dando muerte a los primeros soldados de la libertad mexicana. Ardiente, incansable perseguidor de las huestes patriotas, le vemos conquistar grado a grado los brillantes oropeles que ostentaba su uniforme, en los campos de batalla, al frente de los que ansiaban sofocar el aliento generoso y noble de un pueblo que quería ser libre. Abrumado Iturbide con el peso de sus victorias, duérmese una vez, y ambición tentadora le muestra en su sueño un trono rodeado de riquezas y medio envuelto en el humo de las lisonjas cortesanas. México entero anhela la libertad, y sucumbirá antes que abandonar la ya comenzada lucha; allí, en las montañas del Sur, conserva Guerrero el fuego sagrado, y a la sombra de su bandera se agruparán todos. Iturbide, el jefe realista, abandona sus filas, y pasa a las de aquellos que siempre amaron la libertad y pelearon por ella hasta el sacrificio. Generosos éstos, dan al olvido los crí-

menes del valiente que pretende cobijarse con la bandera de Hidalgo, y él, soldado a quien la fortuna mima, encadena la victoria, y se realiza el pensamiento de Hidalgo.

¿Cómo es entonces que aun personas de clarísima inteligencia se atreven a sobreponer la gloria de Iturbide a la del anciano cura de Dolores?

A nuestro juicio depende esto de que Alamán, el historiador de más talento que hasta hoy ha narrado la Guerra de Independencia, guiado por ideas de partido procuró difundir los errores que han extraviado la opinión de no pocas personas, sin que se le haya refutado por otro autor de mayor nombradía que él; pero la verdad histórica triunfará, y la grandiosa figura de Hidalgo ofuscará la de Iturbide.

**Se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos del
Gobierno del Estado de Guanajuato
en el mes de Junio de 2003.
El tiraje fue de 10 000 ejemplares.**



Secretaría de
Gobierno



EDICIÓN CONMEMORATIVA

2003

AÑO DE

DON MIGUEL
HIDALGO Y COSTILLA
PADRE DE LA PATRIA

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO